

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS. PATRONES DE TAMAÑO NATURAL. MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 22 DE OCTUBRE DE 1882.

NÚM. 39.

SUMARIO.

1. Chaqué para señoritas de 14 á 16 años.—2 y 18. Vestido de paño bordado de trencilla.—3 y 4. Dos bordados sobre tul.—5. Alfabeto.—6. Vestido para niñas de 3 años.—7 á 12. Seis modelos de medias para señoras.—13. Paletó para niños de 5 á 7 años.—14 y 15. Traje para niñas de 8 años.—16 y 17. Traje para señoritas.—19 y 35. Levita de paño doble.—20. Vestido de velo.—21. Vestido de raso duquesa y damasco.—22. Abrigo hecho con un manton de la India.—23. Vestido de vigoña.—24 y 25. Vestido de tela escocesa y paño.—26. Sombrero redondo.—27. Sombrero cerrado.—28 y 29. Abrigo para niñas de 7 á 9 años.—30. Vestido de paño.—31. Vestido de terciopelo y moaré.—32. Vestido de cachemir liso y cachemir de cuadros.—33 y 34. Vestido de lanilla, felpa y raso.

Explicacion de los grabados.—El Invierno (en el campo, en la cocina y en el jardín), por D. J. Ortega Munilla.—Una limosna por Dios, por D. José de Castro y Serrano.—La Vida Real: Apuntes para un libro (continuacion), por doña María del Pilar Sinués.—¡Si fuese cierto!, poesía, por don David Guarín.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicacion del figurin iluminado.—Suelos.—Soluciones.

Chaqué para señoritas de 14 á 16 años.—Núm. 1.

Para la explicacion y patrones, véase el número II, figs. 8 á 16 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Vestido de paño bordado de trencilla.—Núms. 2 y 18.

Para la explicacion y patrones, véase el número V, figuras 35 á 44 de la *Hoja-Suplemento*.

Dos bordados sobre tul. Núms. 3 y 4.

Para velos de sombreros y otros objetos análogos. Se borda con seda negra sobre tul negro, y con algodón fino sobre tul blanco.

Alfabeto.—Núm. 5.

Se bordan estas letras al punto de cruz, con algodón ó hilo azul ó encarnado.

Vestido para niñas de 3 años.—Núm. 6.

Este precioso vestido de interior se hace de nansuk claro, con adornos de entredoses de Valenciennes y entredoses bordados. La falda va guarnecida de dos volantes de Valenciennes.

Seis modelos de medias para señoras.—Núms. 7 á 12.

Para cumplir fielmente con nuestra mision de informar á nuestras abonadas sobre todo cuanto



1.—Chaqué para señoritas de 14 á 16 años. (Explic. y pat., num. II, figs. 8 á 16 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.)

2.—Vestido de paño bordado de trencilla. Delantero. (Véase el dibujo 18.) (Explic. y pat., num. V, figs. 35 á 44 de la *Hoja-Suplemento*.)

conciene á la moda, publicamos hoy seis modelos de medias, dibujos 7 á 12, que les darán una idea de los diversos géneros de medias que están de moda actualmente. La elegancia en el calzado se acentúa cada día más, desde que el traje corto vuelve á estar en boga, y la media constituye uno de los detalles más importantes del traje femenino.

Paletó para niños de 5 á 7 años.—Núm. 13.

Para la explicacion y patrones, véase el número VI, figs. 45 á 51 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para niñas de 8 años. Núms. 14 y 15.

Traje de paño ó lanilla beige. Vestido semi-ajustado con aldetas añadidas y esclavina con cuello vuelto, todo ello bordado de trencillas por delante, en el cuello y en la esclavina. La espalda va ajustada con pliegues huecos y adornada con un lazo de raso del mismo color.

Traje para señoritas. Núms. 16 y 17.

Falda redonda con tablas anchas y dobles Corpiño de talle corto abierto sobre un camisolin ancho plegado y rodeado de encaje. Medio cinturón, con broche grande cincelado. *Paniers* de tela blanca bordada y calada, con adornos de encaje. Mangas ajustadas semi largas y adornadas con bordados.

Levita de paño doble. Números 19 y 35.

Para la explicacion y patrones, véase el número I, figs. 1 á 7 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de velo.—Núm. 20.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de raso duquesa y damasco.—Núm. 21.

Para la explicacion y patrones, véase el número IV, figs. 26 á 34 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo

hecho con un manton de la India.—Núm. 22.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de vigoña.—Núm. 23.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

Vestido de tela escocesa y paño. Números 24 y 25.

Para la explicación y patrones, véase el número III, figs. 17 á 25 de la Hoja-Suplemento.

Sombrero redondo. Núm. 26.

De fieltro negro, con alas levantadas por delante y adornado de plumas negras.

Sombrero cerrado. Núm. 27.

Es de terciopelo negro extendido y va guarnecido de plumas negras y de rosas carminadas. Bribas de terciopelo.

Abrigo para niñas de 7 á 9 años.—Números 28 y 29.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

Vestido de paño.—Núm. 30.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.

Vestido de terciopelo y moaré.—Núm. 31.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.

Vestido de cachemir liso y cachemir de cuadros. Núm. 32.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

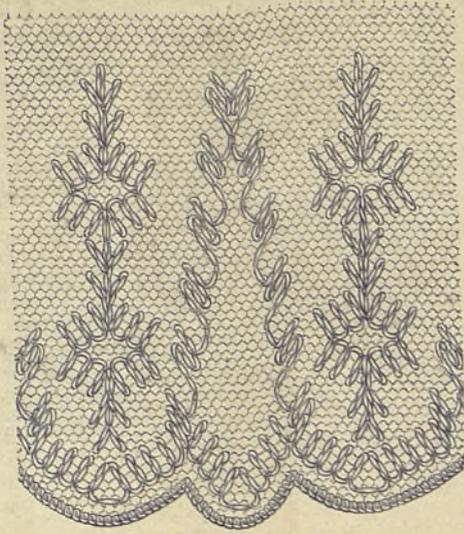
Vestido de lanilla, felpa y raso. Números 33 y 34.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

EL INVIERNO.

(EN EL CAMPO.)

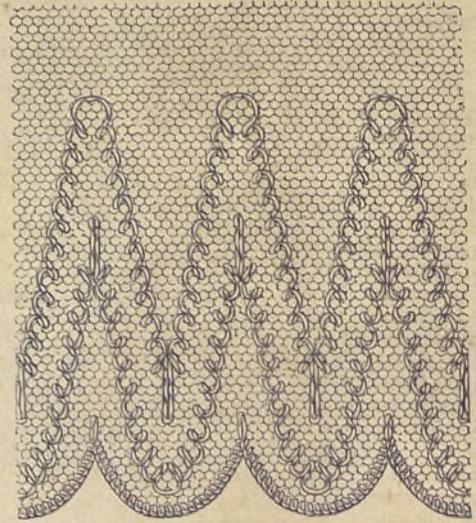
Tres días seguidos ha estado bajando el termómetro. Aquella gotita de mercurio, encerrado en su prision capilar de vidrio, sabe más que todos los que andan libres por el agua,



3.—Bordado sobre tul.



6.—Vestido para niñas de 3 años.



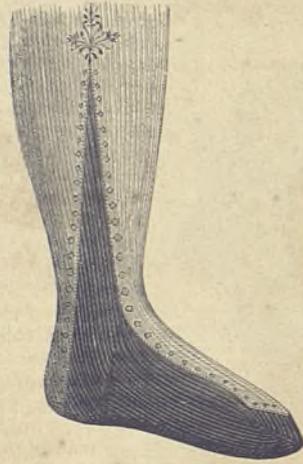
4.—Bordado sobre tul.



8.—Media para señoras.



10.—Media para señoras.



7.—Media para señoras.



9.—Media para señoras.

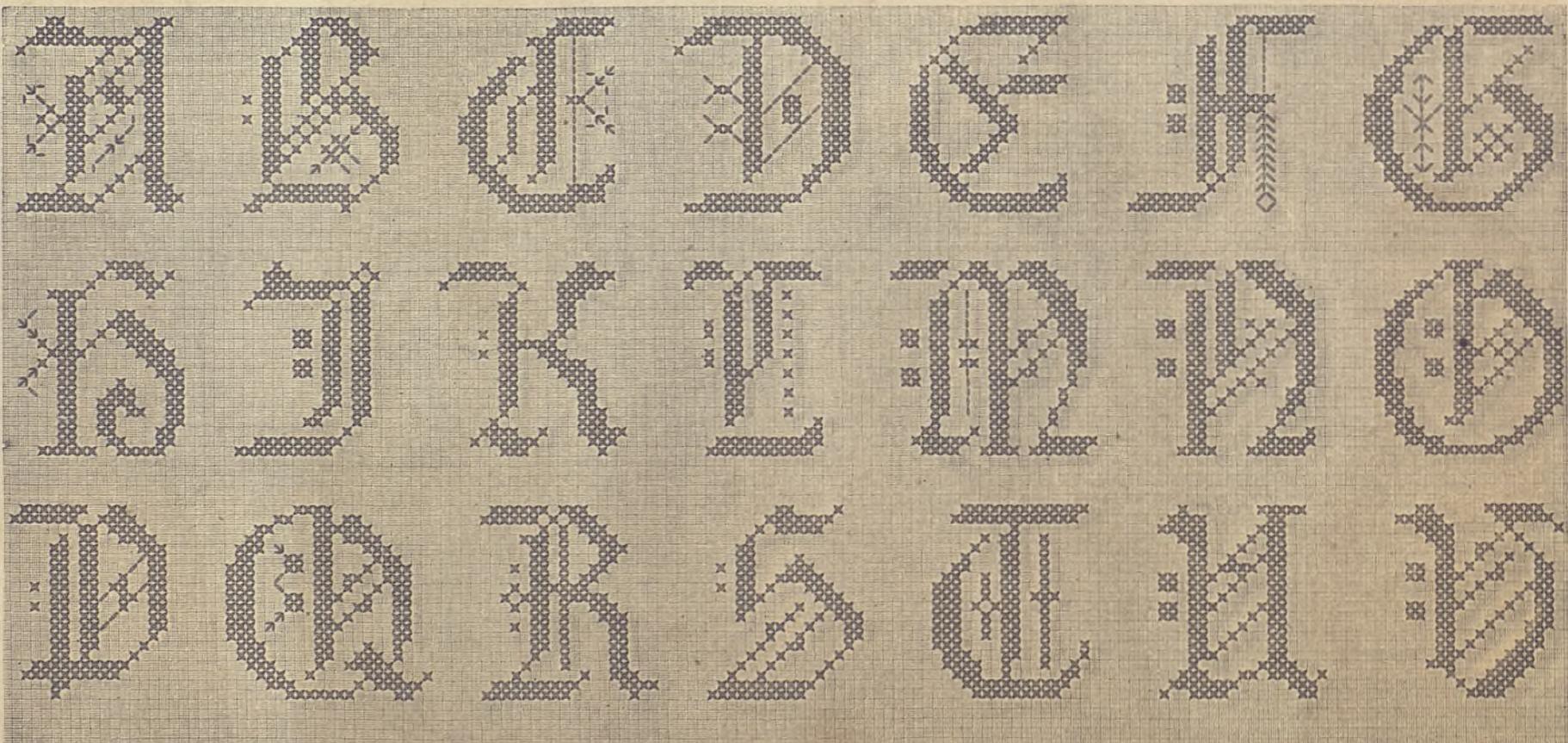
pararse en su carrera, ¿qué ha hecho? Ha ido y le ha trocado de líquido en sólido; le ha congelado. ¡Pececillos, sabogas, ranas, sapos cantores, culebras de Esculapio, idos al fondo del cauce, buscad las hendiduras de las peñas, y guareceos allí hasta que el sol ponga coto á estas genialidades del invierno y os liberte de ese encierro de cristal en que vivís ahora!

¡No va á ser disgusto el que sufran los ánades cuando lleguen jadeantes desde tan léjos en busca de sus ríos de invierno y se hallen con esta gran partida serrana que les ha jugado el frío!... Pero ¿qué es eso? ¿No suena un gran ruido en el aire?

Si; es que ya vienen. Miradlos. Con su cuello extendido, sus gruesas alas en tension, metiendo mucha baraunda, graznando, se acercan en inmensa falange, que forma en el limite del horizonte línea oscura. La vista se cansa de mirarlos; la memoria trabaja inútilmente buscando algun ejército célebre á que compararlos por su número. El de Xérjes fuera una mala compañía de reclutas junto á este ejército de ánades, que nos trae las últimas noticias de la expedicion hecha al Polo por los ingleses. Estos palmípedos, que sienten en su cerebro todo el genio de Colón, échanse sedientos en el agua; pero antes de que hayan logrado romper el hielo con la plumosa pechuga, ¡horrible desgracia!, suenan aquí y allá tronidos de escopetas. ¡Pum, pum, pum! Los resplandores de los disparos alumbran un momento la oscuridad crepuscular; pues ya va

anocheciendo, y á su fulgor incierto vese caer acaso, *comme corps mort* caede, el de algunos de estos patos emigradores, que rebota duramente en el suelo, y poco despues el *pointer*, amaestrado en tal caza, viene á cobrar la pieza que aun aletea. ¡Buen viaje habeis hecho, pobres sucesores de Jaime Ross, el explorador de las regiones árticas! ¡Llegar, ver y morir! Hé aquí el destino de los débiles, como fué siempre el de los poderosos, ¡llegar, ver y vencer! Y sigue anocheciendo. Se acaban los tiros, y en la cercana carretera oýese el ruido alegre de muchas campanillas, restañidos de una fusta, trotar de caballos y rodar de carruajes. Es una lujosa berlina de campo, que, arrastrada por cuatro poderosas jacas de sangre española y bearnesa, lleva al próximo *château* algunos cazadores aristocráticos. Sobre el pescante podréis distinguir el trofeo de la cacería. Allí se descubre un monton de plumas húmedas de agua y sangre. ¡Cincuenta ánades, cincuenta! Aquellos ilustres señores que fuman dentro del coche llevarán que contar para muchos días con su afortunado escopeteo, y regresan al hospitalario techo de la elegante casa campesina, saboreando de antemano las viandas que les tiene preparadas su cocinero, tan sabio en esto de adular al estómago como Brillat Savarin, el autor de la *Fisiología del gusto*.

Sobre la mesa del comedor, cu-



5.—Alfabeto, bordado al punto de cruz

el aire y la tierra, de las cosas del frío, sigue descendiendo á grandes saltos, que prestan al instrumento físico extraña semejanza con la vena de un calenturiento, dentro de la cual bulle y brinca la sangre. El río, que se deslizaba mansamente por toda la campiña, se detiene un momento como para descansar. ¡Torpeza insigne! Eso queria el invierno, que así que le ha visto

yas paredes adornan retratos de severos personajes del siglo de oro de nuestras armas, antepasados del dueño del suntuoso castillo, descúbrense baterías de empolvadas botellas: disfrazan unas modestamente su régia estirpe jerezana bajo amarillos dominós de paja; otras dicen á todo el mundo, en un cartel que traen pegado en la oron-

da panza, que son hijas del *château Margaux*, cepa insigne de Burdeos; las otras del cuello largo, éticas, espirituales, encierran todo el gracejo frances en las burbujas de un litro de champagne. ¡Bien, alegres señoras! Sed bien llegadas, y dejadnos probar que descendéis de las célebres familias con cuyas tarjetas os habeis presentado, que tienen por árbol genealógico un majuelo cargado de doradas uvas.

A la mañana siguiente, cuando el sol aparece, veréis salir del castillo una numerosa cabalgata. Potrancas inglesas de largo cuello y enjuta cola trotarán mano á mano (casco á casco debe ser) con briosos caballos de Córdoba, precedidos de jaurias de galgos, que han de poner en movimiento todas las liebres de la comarca.



14.—Traje para niñas de 8 años. Delantero.



13.—Paletó para niños de 5 á 7 años. (Explic. y pat., núm. VI, figs. 45 á 51 de la Hoja-Suplemento.)



15.—Traje para niñas de 8 años. Espalda.



11.—Media para señoras.

Escucharéis bien pronto el vocerío de los que animan á los perros en su correr aligero, y distinguiréis, tal vez, destacarse sobre el pardo color uniforme del monte una figura pequeña, alargada, que huye de las caricias de la jauría. Es la liebre, á quien han sorprendido poco ménos que en la cama. A esta durmiente de los diablos le sucede lo que á todos los holgazanes: la pereza es causa única de sus desdichas.

Tambien los pobres podrán salir de caza en estos meses; que el campo es un señor tan liberal, que jamas ha dicho que no á nadie. Si nieva, la liebre va dejando las huellas de su paso



12.—Media para señoras.

van su vida se marchan entristecidas cantando: «*No-te-fies, No-te-fies.*»

Ignorante del trágico fin del ánade, viene su prima la *becacina*, á quien, por mal nombre, llaman algunos *polla ciega*; que ni las más respetables señoras se pueden librar de las burlas de los maldicientes. Con su pico largo y sus alas torpes sale rasando la tierra en irregular vuelo, y parece desafiar á su enemigo, incitándole á perseguirla por los pantanos en que habita. Pero no hagais tal: descerrajadla un tiro cuanto ántes, que esas humedades son muy sanas para las palmípedas y zancudas, y muy dañinas para los hombres. No os seduzca



18.—Vestido de paño bordado de trencilla. Espalda. (Véase el dibujo 2.) (Explic. y pat., núm. V, figs. 35 á 44 de la Hoja-Suplemento.)



16 y 17.—Traje para señoritas. Delantero y espalda.



19.—Levita de paño doble. Espalda. (Véase el dibujo 35.) (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 7 de la Hoja-Suplemento.)



20.—Vestido de velo.
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

21.—Vestido de raso doquesa y damasco.
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 26 á 34 de la Hoja-Suplemento.)



26.—Sombrero redón lo.

Mucho insulto, mucha palabrota, mucha mirada furibunda, y nada de valor real, ninguna pujanza en el ánimo. El muy tuno del macho lénase de ufanía cuando ve por el suelo á sus enemigos, y salta de júbilo al oír el disparo que le libra de rivales.

¿Qué es aquello que se ve en medio del sembrado? Parece un fantasma, un muñeco; es un monton de guifapos puestos á la punta de un pañuelo, y sirve para espantar á los gorriones, que se han propuesto vivir sobre el país, llenando el buche con el trigo que desparra-ma aquel zagalon que va detras de los bueyes que arrastran la reja del arado. Estos gorriones andan de aquí para allí piando y robando, y puede decirse de ellos que son los pilluelos de la familia alada. Gana



24.—Cuerpo del vestido de tela escocesa y paño Delantero.
(Véase el dibujo 25.)
(Explic. y pat., núm. III, figs. 17 á 25 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Sombrero cerrado.

da de perdonarles sus depreciaciones, por la gracia con que las llevan á cabo.

Como el día es corto en esta época del año, es tambien corta la labor del campesino. Da los últimos azadonazos en el pejugal donde pasa la vida como otra planta más de las que en aquellos términos prosperan, y vuelve al hogar, más grato que nunca ahora. Las noches no vienen mansamente, como en el estío; adormécenos entre sus dos brazos, que son, uno el amor, y otro el misterio; vienen dispuestas á matar, á helar ó dejar en los seres todos rastros de su paso. Si cogen en des poblado á un caminante, pórtanse con él por que una partida de ladrones; agarrotan sus miembros con las cuerdas inquebrantables de la muerte; ponen un nudo en su garganta para que no pueda pedir auxilio, y cuando vuelve el



22.—Abrigo hecho con un manton de la India.
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

23.—Vestido de vigoña.
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



25.—Vestido de tela escocesa y paño.
Espalda. (Véase el dibujo 24.)
(Explic. y pat., núm. III, figs. 17 á 25 de la Hoja-Suplemento.)

desonor y el llanto á muchas familias bien avenidas de perdices; pero está dispuesto que obedezcan á sus amos, y ya que éstos se dieron el madrugon por coger un par de los sabrosos *pasarogallus*, y pasaron un frio atroz escondidos en el puesto, no sería justo que tornasen al pueblo con las manos vacías de caza y llenas de sabañones.

No puedo mirar á uno de estos enjaulados tenorios cuando cantan ahuecando la voz, estirando el cuello para parecer más altos, moviéndose de derecha á izquierda con contoneo orgulloso y esponjando las plumas, sin acordarme de esos matones que en las piezas de andaluz, de Torroba, hacen el gasto.



28.—Abrigo para niñas de 7 á 9 años.
Delantero. (Véase el dibujo 29.)
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



30.—Vestido de paño.
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



32.—Vestido de cachemir liso y cachemir de cuadros.
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

33.—Vestido de lanilla, felpa y raso.
Delantero. (Véase el dibujo 34.)
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

35.—Levita de paño doble. Delantero.
(Véase el dibujo 19.)
(Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 7 de la Hoja-Suplemento.)



31.—Vestido de terciopelo y moaré.
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



34.—Vestido de lanilla, felpa y raso.
Espalda. (Véase el dibujo 33.)
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

sol, hállase en medio del campo con un cadáver rígido, tieso, convertido en pedazo de dura piedra. Por esto aprietan el paso los labriegos en cuanto sale la luna.

¡Salve, astro de los amantes! ¡Siempre llegas cuando el sol marchó! ¡Es que huyes de sus brazos, ó es que él huye de los tuyos? Los astrónomos lo ignoran. Los poetas andan discordes en asunto de tanta monta.

(EN LA COCINA.)

¡Ayer murió! ¡Séanle ligeros nuestros estómagos! ¡Sabéis de quién hablo? De ese pobre ser que pasa la vida gruñendo, emblema de la torpeza y de la glotonería, cuya muerte se celebra como fausto acontecimiento. En su testamento, espléndido cual el de un magnate de Oriente



29.—Abrigo para niñas de 7 á 9 años.
Espalda. (Véase el dibujo 28.)
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

aquel fingido cansancio de sus alas, y exclamad, al verla surgir delante de vuestra escopeta: — ¡Becacina, tienes el nombre de mujer!

¡Y hacéd fuego en ella! Un clamoreo de amor y desafío suena en la ladera: la voz robusta de un macho de perdiz, que, detras de sus alambres, echa flores á las perdices del campo y reta á sus esposos. Estos bravos de jaula llevan el

nos instituyó herederos universales de su fortuna, que la lleva toda encima, á la manera de esos señores de baja estofa, que traen en el pecho por cadena una amarra de calabrote, y por sortija, en el dedo meñique, la hijuela de todos sus descendientes.

Andan las manos de cien mujeres moviéndose como máquinas incansables, para dividir y adobar las diversas partes del

sustancioso animal; ponen aquí la cabeza, que con los ojos tristes nos mira, y le sacan la lengua cruelmente, para salpimentarla con cantidad de especias, y pican las entrañas, y lavan las tripas, rellenándolas despues de gustosa mezcla. Ya trepan las morcillas á hacer compañía á las uvas de cuelga en lo alto de la chimenea; ya se enroscan sobre sí mismos los chorizos como una culebra; ya el tocino, comparable á la nieve en lo blanco y en la facilidad con que se derrite, ábrese en hojas, en que los ojos más ignorantes pueden leer esta palabra: *abundancia*; ya, en fin, las manos y patas, atadas en manojo, son socarradas al humo del romero, por relapsas y herejes, que hacen pecar contra el ayuno.

Para solemnizar el fallecimiento del rey de los corrales castellanos, traen vino del nuevo, que sale silbando de la espita y hace ojos azules en el embudo que lo va encerrando en las botellas. También la bota saca su vientre de mal año, y llenándose del mosto, parece reirse de la *filoxera* y de los sabios que la combaten.

La miel acude con sus blandos terrones, y la variedad de frutas de sarten, que hace brincar de gozo el aceite en que se frien, déjase colocar en bandejas, para que todos prueben su dulzura y estimen su alto aroma. Las manzanas se apedrean, arrojándose unas á otras la amarilla y picara fruta de que hicieron funesta recolección Adán y Eva, y las ciruelas y melocotones conservados en almibar son librados de la cárcel de barro en que los colocaron dedos monjiles, para hablarnos de una eterna primavera.

Nadando á todo nadar se aproximó á la cazuela el señor besugo; duda un momento en arrojarse dentro de ella, pero al fin, ¡zas!, échase de cabeza entre las hojas de laurel y las rodajas de limón, que parecen oro. ¡Famoso suicidio! Esto es lo que se llama un sujeto heroico.

¿Queréis saber qué suceso se conmemora en las cocinas con tan estupenda hartazgo? Pues mirad el calendario y veréis que estamos á 24 de Diciembre.

(EN EL JARDIN.)

¡Qué desolación! ¡Qué desgracia! ¡Oh pobrecitas flores! ¿Qué os ha sucedido? La rosa pálida del invierno es la única que sobrevivió á la horrenda helada, y asoma su carita temerosa entre el fúnebre ramaje de los cipreses. Pensamientos, lirios, campanulas, madreselvas, petunias, caraspiques... caterva pintoresca de alumnas de Flora, ¡todas habeis muerto! ¡La escarcha se llevó vuestro aroma, que es como vuestra alma!

Aquel dios Apolo, de mármol, que arroja el agua en el pilón de la fuente, llora lagrimas de cristal, que quedaron suspendidas de sus ojos. ¡Digno llanto de un dios de Propileos! Pero no es todo penuria en el jardín. La industria humana supo crear un artificial estío, que hace inútiles todos los hielos de Diciembre y todos los vendavales desastados de Marzo.

Es una bonita habitación de cristales, llena de ventanas para que el sol entre á saludar á sus súbditos del reino vegetal. Allí dentro el aire está cargado de emanaciones de tocador. Diríase que ha andado por allí una lindísima dama, dejando con el tacto de su mano y con el aliento de su boca estela de aroma en todas partes. Ejércitos de tiestecillos del tamaño de dedales andan por el suelo y ocupan las paredes en estanterías como de tiendas de herbolarios; cajas del tamaño de tambores contienen exóticos helechos, que saludan al visitante con sus abanicos móviles, palmeras traídas de Elche y pino marítimo de los Alpes. El invierno no pasa por aquí. Fuera, huésped inoportuno; aquí no puedes entrar.

Hay señoritas encantadoras y delicadas, cuyas mejillas tienen la suavidad y el color de la camelia, que vienen aquí á soñar que Enero es Mayo; dulce sueño, equivocación deleitosa, al salir de la cual suele pescarse un catarro. Hay también allí un jardinero que habla frances, y que, armado de sus tijeras, poda aquella artificial vegetación, dándola asimismo forma artificial. Todo esto hay en aquel edificio de cristales, dentro del cual puede estudiarse la ciencia de los astros á esas horas en que, por la atmósfera fría y despejada, difunde la mano de la noche una polvareda de soles.

En la estación en que nos encontramos obsérvase en las cosas de la Naturaleza fisonomía muda, torva y severa. La tierra, reconcentrada en sí misma, como un pensador que se abstrae en su gabinete para resolver complicados problemas, trabaja en la modificación de los jugos vitales, que luégo, en la primavera, correrán por los troncos de los árboles, asomando en las nuevas hojas, y palpítese en las semillas, haciéndoles echar al mundo sus tallos lozanos y verdes.

¡Eterna renovación de la vida, que empieza y acaba en el mismo punto, y que sábiamente representaba el simbolismo egipcio en una serpiente mordiéndose la cola!

J. ORTEGA MUNILLA.

UNA LIMOSNA POR DIOS (1).

I.



El monton informe de ladrillos y vigas que aparece dibujado en la pág. 196 del presente número es, si se mira con benevolencia, uno de los más bellos cróquis que pudiera publicar en estos momentos LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA. Representa el estado de las obras para un Asilo de Huérfanos, donde trescientos niños, abandonados por la fortuna y por la sociedad, van á encontrar albergue, educacion, oficio, prácticas de virtud y de trabajo, para convertirse de trescientos párias en trescientos hombres.

No es, sin embargo, un proyecto ó una esperanza lo que

(1) Creemos ser agradables á nuestras lectoras copiando el presente artículo, que apareció en el número de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA correspondiente al 8 del actual. En el mismo número se hallan los grabados aludidos al principio del artículo.—(N. de la R.)

en él se contiene; es el desarrollo y forma definitiva de una institucion que vive en Madrid hace veinte años, y que cualquiera puede contemplar por sí mismo con sólo apeteerlo. Bajando por la calle de Atocha, á mano derecha, en el núm. 68, hay una casa de apariencia vulgar, donde, sin sospecharlo el transeunte, se verifica la maravillosa transformación á que aludimos. Sonando una campana que se ve al fondo del portal, sale á abrir un muchacho de rostro placentero y corteses modales, limpio y decentemente vestido, el cual nos conduce por tortuosas escaleras y largos pasadizos á humildes pero extensas habitaciones, en que se hallan en constante actividad sus setenta compañeros. Media docena de Hermanos de las Escuelas Cristianas, á quienes no sólo avalora su virtud, sino su ilustracion, dirigen y sostienen la marcha del Asilo en todos sus pormenores: lo mismo guisan que enseñan idiomas; lo mismo atienden á la salud del cuerpo que á la salud del alma de los asilados: son profesores y sirvientes, clerigos y jefes de taller. Allí reunen los huérfanos de la desdicha y los del trabajo, con absoluta imparcialidad de eleccion: el hijo del albañil que cayó de la obra; el del mecánico que pereció en la fábrica; el del factor que murió en la faena del camino de hierro, dando la preferencia al que no tiene padre ni madre; despues, al que sólo tiene madre desvalida; luégo, al que procede de padre inútil, y finalmente, al que no cuenta ni abolengo ni historia; pues el hijo de la casualidad ó del crimen también es huérfano.

La casa de la calle de Atocha no parece hospicio, ni hospital, ni ménos prevencion ó cárcel de menores. Reina en sus estancias la alegría; en sus clases, la atencion voluntaria; en sus talleres, la espontaneidad del trabajo libre. Los pequeñuelos aprenden las primeras letras; los medianos amplian su instruccion hasta los rudimentos de la segunda enseñanza; los mayores ó adultos comparten sus horas entre las asignaturas de adorno y el ejercicio del taller, en donde trabajan para zapateros, sastres ó impresores; y todos juntos rezan, cantan, juegan y se divierten, bajo la vigilancia constante de los Hermanos, como en cualquier colegio retribuido.

Asombra presenciar los exámenes que se celebran cuando algun curioso ó bienhechor visita el establecimiento. Niños que apenas hablan claro dominan la Aritmética hasta jugar con los números; explican la doctrina sagrada; conocen el mapa de su país; refieren los periodos generales de su historia; pintan las letras formando palabras á la voz, y saben agradecer al que los aplaude, ó encomiar la gratitud que deben al colegio, con cánticos tan sencillos como armoniosos. Los más adelantados muestran su pericia en el sistema métrico decimal; traducen del frances al español, y del español al frances, oraciones ó sentencias que se les dictan; dibujan al contorno y resuelven problemas algebraicos; recorren la historia religiosa y profana, á la vez que practican operaciones de cálculo ó contabilidad; en suma, también cantan, también se divierten y juegan, dando expansion á sus pocos años. Los que ejercen ya oficio no abandonan por esto su educacion ni el recordar lo que sabian; dedícanse, como va expresado, á zapateros, sastres ó impresores, segun su aptitud, y el jornal que devengan constituye un fondo, que se les da íntegro al salir. Ya han redimido algunos con él su suerte de soldados; ya se han establecido otros con ayuda de este modesto capital; muchos no han querido abandonar la casa, y son maestros ú oficiales mayores de sus talleres. Todos están contentos y bendicen la mano que les guía.

El transeunte indiferente de la calle de Atocha, repetimos, no presume, al pasar por aquel caseron, que dentro se elabora la dicha y la fortuna de tantos infelices á quienes la suerte ó el abandono de sus padres habia condenado á perpétua desgracia. Educándose unos, ejerciendo un oficio otros, y disfrutando todos una atmósfera de moralidad, de actividad, de cultas formas y de buenas costumbres, se redimen allí por el trabajo, y salen útiles para la vida los que sin el cariñoso fuego del Asilo andarian por las calles sucios y harapientos, extenuados y enfermizos, con la vagancia por arte y el crimen por recurso, engrosando el ya pavoroso ejército de los pilletes, de los rateros y de los granujas.

II.

Acabamos de escribir una palabra, cuyo sonido tiene en sí algo de repugnante, pero cuya significacion es aún más repulsiva todavía. ¡Granuja!

Se ha hecho del granuja un sér entre cómico y romanesco, que en vez de inspirar lástima, como merece, forma un tipo que, al parecer, ornamenta la sociedad. Grandes poetas lo han cantado; novelistas insignes se han servido de él para introducir donaire en sus narraciones; la fama de su ingenio, de su malicia y de su desvergüenza le han granjeado prestigio, fisonomía y carácter: si no es una fortuna que exista, por lo ménos es un entretenimiento. Súponesele alegría interior, que nunca le abandona; rasgos picantes, ingeniosas ideas y gracia que se le derrama á chorros. Hásele pintado, en fin, con tales condiciones, que casi daría pena de que desapareciese el granuja. ¿Es eso, sin embargo?

Hijo de no se sabe quién, nacido no se sabe dónde, y habitante no se sabe en qué punto, el granuja es el hongo humano. Inferior á las bestias todavía, no ha conocido madre, ni madriguera, ni manada. Soltáronle en el arroyo cuando aún no podía valerse, y envenenaron el camino para que no volviera. Al salir el sol despierta esa criatura, sin saber á dónde ha de dirigir sus ojos, sus pasos ni su hambre. La sociedad le repele por su desnudez, la policía le persigue por su vagancia, y sólo la basura le ofrece un troncho. Ignorante del bien, porque la corteza del mundo no le muestra más que el mal, acude á la travesura de su juventud y á la lucidez de su ingenio infantil para proporcionar lo que por todos lados se le esconde. ¿Ha de ir á la escuela? Allí no dan de comer. ¿Ha de ir al trabajo? Allí no dan de jugar. ¿Ha de pedir limosna? Allí no han de ofrecerle más que repulsas. En cambio, el crimen, en forma de hombre ó de mujer, necesita un espía para sus asechanzas, un cuerpo ligero para sus asaltos, un rostro ino-

cente para sus ficciones, una mano sutil para sus robos, una naturaleza confiada para servir de instrumento sin exigencias. ¿Qué sabe él de moral? ¿Se la han enseñado por ventura? Quizá sea la moral proporcionarse de comer cuando se tiene hambre, y buscarse dónde dormir cuando se tiene sueño. ¿No es ésta la moral de los pájaros?

Ademas, vedle en el ejercicio de una de sus diarias aventuras. Acosado por el hambre, discurre cualquier mañana apoderarse de un panecillo caliente, de esos cuyo aroma perturba los sentidos del menesteroso, para lo cual combina su estrategia, como general para embestir un reducto. Cerca la tienda con las precauciones que exige un reconocimiento; salta y brinca delante del mostrador, cual soldado que vivaquea sin orden de atacar; escúrresele la pelota del tranco adentro, y pide humildemente permiso para recogerla; hasta que, habiendo inspirado confianza, da el asalto al apetecido bollo, que esconde entre la carne de su pecho y el arambel que le sirve de camisa.

Pero el tendero lo ha visto; corre tras él gritando «¡A ése, á ése!»; detiénelo, y le arrebató su presa (á él, que no ha comido); llénale de golpes y dicitérios con sañuda cólera (á él, que ya no tiene qué comer); junta gentes que le confundan é intimiden con sus amenazas (á él, que ya no comerá); hasta que llega una policía, le da de puntapiés, lo ata con una cuerda y lo arroja al suelo de la prevencion, donde el rapaz famélico pierde la esperanza de comer nunca. No otra cosa es lo que practica cualquier niño educado, cuando asalta, tras de un dulce, el armario de su comedor, y recibe vitores por su gracia ó se ve cubierto de caricias por su agudeza.

Seguía al granuja en su vagar constante, y doleos de la forzada inaccion á que está condenado. ¿Quién lo recibe? ¿quién lo protege? ¿quién hace nada en favor suyo? Su actividad se limita á promover los escándalos y á formar la parte perdularia de los bullicios. Él rodea á la música en los regimientos; es la única ópera á que asiste: él va en tumulto delante de las procesiones; es el único lugar que se le concede en las ceremonias: él se encarama sobre los árboles ó sobre las verjas en las festividades públicas; es el único balcon á que se asoma en su vida para presenciar el gozo de la multitud; él prelude las rebeliones y los motines; es el único momento en que ejerce funciones de ciudadano. A la iglesia no le ligán más que las gotas de cera hirviendo que apara en los entierros; á la milicia no le unen más que las sobras del rancho que le abandonan en la puerta del cuartel; á la justicia no le enlazan más que los cordeles del polizonte ó los puños cerrados y siempre amenazantes del alguacil. Él, en suma, lo ignora todo, y nosotros queremos que lo sepa ó lo adivine todo. Cree que tomar un panecillo cuando se tiene necesidad es como comprarlo cuando se tiene dinero, y nosotros pedimos para su ratería la cárcel; cree que en el mundo se habla como las gentes groseras entre quienes vive, y nosotros queremos que hable con decoro; cree que la avilantez y el desacato son los usos corrientes de la vida, y nosotros exigimos que se produzca con humildad y vergüenza; cree, en fin, que el mundo es granuja, y nosotros nos empeñamos en que el solo granuja sea él.

Cuando enferma, lo mandamos á los desvanes del hospital; cuando delinque, lo ponemos en la horrible compañía de los criminales; cuando intenta ejercer una industria, le pedimos contribucion y ropa; cuando se duerme en el invierno contra el quicio de una puerta, lo despertamos á golpes y le exigimos que ande. Si pasa rozando nuestro cuerpo, se nos figura que nos va á manchar; si nos alarga la mano, tememos que nos robe; si nos habla, le respondemos con altanería; si se muere de hambre, ignoramos quién ó cómo lo entierran, ni si hay camposanto para él.

¡Oh! Tan espantosa soledad, que tiene por secuela las malas mañas primero, los vicios despues, los delitos más tarde, y que conduce á las clínicas de los hospitales en forma de casos raros, ó á las cuerdas de los presidios en forma de delincuentes atroces, cuando no á la capilla y á la horca por crímenes que aterran al mundo, es lo que quieren precaver unas cuantas humildes mujeres al construir el Asilo del Sagrado Corazon de Jesus.

III.

Por Julio de 1862, es decir, hace ya veinte años cumplidos, se reunieron un día, en un modesto cuarto de siete reales de la calle de la Parada, tres niños huérfanos, dos hermanas de la Caridad y una señora jóven de la sociedad más distinguida de Madrid. Aquel día y en aquel punto se echó la simiente del Asilo del Sagrado Corazon.

Habiase verificado poco ántes una Junta de damas para arbitrar recursos con que construir una nueva iglesia en la Côte, y la señora de que hablamos opinó que no eran iglesias nuevas lo que por el momento necesitaba Madrid, sino cuidar de las antiguas, que se deterioraban, y atender al socorro urgente de los niños huérfanos desamparados. Con tal elocuencia debió expresarse la jóven, que algunas señoras de la Junta ofrecieron en el acto su cooperacion y dádivas, no faltando entre ellas quien propusiera ya un huérfano de cuatro años, al que la muerte de sus padres dejaba sumido en total abandono. Reuniéronse otros pocos recursos; agregáronse dos huérfanos más, y se fundó la casa.

No vamos aquí á relatar su historia, ni á exponer las complicadas vicisitudes de la institucion. Veinte años de pedir limosna; veinte años de meditar planes, de ejecutarlos y verlos destruirse; veinte años de luchas, favorables unas, adversas otras, hasta llegar al término que en el caseron de la calle de Atocha hemos contemplado, no son fáciles de referir, aunque si son fáciles de comprender. Los huérfanos llovian con más abundancia que los recursos, y las señoras asociadas entónces, la mayor parte de las cuales han desaparecido, daban cuanto podian de lo suyo, y se multiplicaban pidiendo á los demas, para atender al desarrollo y progreso de la obra.

El obstáculo mayor con que tropezaban era obtener local á propósito; porque los propietarios rehuían admitir en sus casas una especie de hospicio, cuyo nombre les repugnaba tanto como el deterioro posible de sus fincas. Los pobres huérfanos se veían rechazados hasta de los tabiques.

Por fin, la Asociación tuvo una época de desahogo, y precisamente fué en los tiempos de la República. Las señoras pidieron á Castelar refugio, y Castelar les permitió establecerse en San Francisco el Grande. Gloria á él.

Desde entonces comenzaron á meditar en la manera de construir edificio propio y con especiales condiciones. Previendo, como sucedió, que San Francisco volviese á la comunidad de su instituto, buscaron como último local el que hoy habitan, y resolvieron erigir una gran casa, capaz de satisfacer todas las necesidades. Pero ¿cómo? En la forma que refieren los cuentos de nuestras abuelas: *con palitos y tronchitos*. Una bienhechora se llegó al oído de la Presidenta, y exigiéndole absoluto secreto en vida y en muerte, le ofreció los recursos bastantes para comprar sesenta mil pies de terreno en el barrio de Salamanca. Nunca se sabrá su nombre. Gloria á ella.

Con esta base, y el crédito hipotecario que tan hermosa propiedad representaba, un arquitecto piadoso y distinguido se les unió para hacer los planos y dirigir las obras gratuitamente. No es esto solo lo que el arquitecto dió; pero respetemos su modestia. El Rey D. Alfonso y su augusta familia pusieron la primera piedra, hace dos años, despues de contribuir con abundante limosna; bienhechores de todas las esferas de la sociedad, aceptando el ingenioso procedimiento de las damas, comenzaron á costear, éste un peon, el otro un oficial, estotro una cuadrilla de trabajadores, y hoy es el día en que se hallan sentados cerca de dos millones de ladrillos, multitud de metros cúbicos de piedra, bóvedas y pavimentos de los pisos subterráneos, bajo y principal; se levanta el segundo con el afán de que ántes del invierno pueda cubrirse de aguas; se pone la armadura para cerrar una preciosa iglesia; se revisten y habilitan los talleres, y hasta dos extensos jardines, que han de servir de escuela y esparcimiento á los asilados, se terraplanan y benefician, para recibir de limosna árboles recogidos en la demolición del palacio de un magnate.

No todo, sin embargo, corre por el Asilo con color de rosa. Hay que pagar treinta mil reales de renta por la casa provisional; hay que vestir y dar de comer á setenta criaturas; hay que proveerlas de materiales de trabajo y objetos de enseñanza; hay, sobre todo, que proseguir las obras, y aunque el herrero espera, y el contratista de maderas no agobia, y la deuda flotante no sacrifica, cada mañana amanece sin recursos para empezar, y cada noche cierra habiéndose agotado los recursos del día. Cierto es que á la imprenta mandan gentes caritativas trabajos á imprimir; cierto que muchas señoras se surten en la zapatería de primoroso y casi artístico calzado; cierto que en el taller de los sastres apenas si se puede con la obra que acude; pero también hay que tener en cuenta que los asilados se visten y se calzan; que la maquinaria y utensilios, adquiridos á crédito para los talleres, importan un dineral, y que al presente ningún beneficio neto puede recabarse de las industrias. Gracias que se han instalado.

Es, pues, la bolsa de terciopelo y la mendicacion constante lo que ha de proveer ese tesoro. Hay que estimular á los vivos; hay que perseguir las donaciones de los muertos; hay que utilizar, importunar, entrapar asuntos y personas, si se ha de dar vado á los compromisos y apuros de todos los días.

Pero ¿quién mueve esto? ¿No es verdad que el lector está echando de ménos una figura?

IV.

Fácil será á los habitantes de Madrid hallarla por las calles á cualquier hora. Es una dama de ilustre origen, que desde su bella juventud hasta su agraciada madurez no se ha preocupado de otra cosa que del bien de sus semejantes. Callaremos su nombre, porque ella lleva veinte años ejerciendo la caridad sin haber puesto aún la primera gaceta en los periódicos, y sería imprudente dedicarle un reclamo en este sitio, mucho más por nosotros, que tan ajenos y apartados vivimos de ellos. Los que la conocen no necesitan que se les recuerde cómo se llama, y los que no la conocen, nada añadirían á su mérito con satisfacer esta curiosidad. Si alguno quiere entregarle sus limosnas, que acuda al Asilo.

Vedla por esas calles de Dios, con su traje de merino oscuro, un velillo de manto sobre la cabeza, sonrosada de color y blanca de cabellos, animosa y erguida, llevando en sus manos una cartera con papeles, monedas ó ejemplares de los estatutos de su obra, entrando y saliendo en casas y oficinas, lo mismo en el palacio de los reyes que en la humilde vivienda de los artesanos. En su aspecto se nota que no anda por andar, sino que urgentes quehaceres ó graves preocupaciones la embargan. Infinitas personas repiten su nombre al paso, ó la detienen para informarse del único asunto á que ella presta atención ó dedica tiempo. Va á pedir una limosna, ó á recoger otra, ó á buscar trabajo para sus chicos, ó á resolver una cuestion sobre su industria, ó á exigir moratoria para un pago.

Su posicion independiente y desahogada le permite dedicarse desde la mañana hasta la noche á sus huérfanos, y acrecer con su propio peculio el fondo siempre flaco de la tesorería. Cierta vez necesitó con urgencia una suma relativamente elevada, y acudió á un registro poderoso, que ya habia tocado en otras ocasiones. Por desgracia, tuvieron que decirle que no, y á la mañana siguiente, cuando más oprimida estaba por la necesidad, se le presentó el caballero de la víspera, no á rectificar su negativa anterior, sino á entregarle cuarenta y ocho mil reales en nombre de otra persona, que, al oír referir el apuro, se prestó á subsanarlo. No quiso decir quién era.

Otro día entró á visitarla, de mañana, un como dependiente ó apoderado de algún. Su principal, en efecto, habia sabido que en aquellos momentos se habrian de suspender las obras por falta de recursos para los operarios, y traía diez mil reales con que cubrir por el pronto estas atenciones. La Presidenta del Asilo se volvió loca de alegría (son sus palabras), y achacó á un milagro del cielo la aparición de aquel ángel en figura de hombre; pero apenas quedó sola y comenzaba á distribuir sus fondos, cuando el

hombre volvió á presentarse, diciendo que se habia equivocado. La señora estuvo entonces á punto de enloquecer de véras, imaginándose que era á otra sociedad filantrópica á quien se dirigia la suma, hasta que el desconocido le explicó que no se le enviaban diez mil reales, sino diez mil pesetas. Tampoco supo de quién.

Por fin, el viénes último nos la encontramos en la calle y parecia contristada. Los apuros del sábado eran de cinco mil reales, y no teniendo más que tres, ni á quién dirigirse por los otros dos, pues hay ocasiones en que todo se agota, iba al Asilo para recogerle al Hermano director (inapreciable y distinguidísimo sacerdote) el dinero de las compras diarias.

«Y ¿qué van á comer los asilados?» le dijimos; —«Dios proveerá»—fué toda su respuesta.

Ayúdala en esta titánica obra hasta cuarenta damas caritativas, de las cuales diez ó doce son las que suelen estar en accion, aunque todas comparten con deleite las tareas y trabajos de la Sociedad. No hay miedo, sin embargo, de que ninguna se considere agraviada porque reprimamos á su presidenta la vida del Asilo; pues, á más de que así lo reconocen ellas propias, nunca las hijas buenas se agravian de los requiebros que se dirigen á su madre. Requiébranla ellas con entusiasmo, y á alguna le debemos muchos de los pormenores que aquí aparecen.

Pero no hay que dejarlas solas. En la calle de Claudio Coello existe un enorme perimetro de terreno, en el cual van empleados más de setenta mil duros. ¡Prodigiosa cantidad para haberla reunido de limosna! El invierno está encima; las aguas pueden destruir lo hecho, si las obras tuvieren que pararse; los huérfanos pululan al compas de las desdichas de la estacion; un empuje de todos, y ántes de seis meses puede ser triplicado el número de los acogidos. A darlo, pues.

Vosotros los que teneis lumbre, vestido y casa; vosotros los que educáis á vuestros hijos con esmero y holgura; vosotros los que os doleis de que á la sociedad de nuestros días le aqueja el olvido de ciertos deberes y el abandono de ciertas almas, acudid al número 68 de la calle de Atocha; el uno á costear un peon, el otro un oficial, el otro una cuadrilla, segun vuestras fuerzas: ofreced, el que no pueda otra cosa, un ladrillo, una viga, un sillar, una barra de hierro, unos cuantos reales, con cuya ayuda podrán en breve tiempo ser enjugadas muchas lágrimas, abrigarse muchos estómagos y recibir luz muchas inteligencias.

Vosotros los que, cercanos á la vejez ó afligidos por una enfermedad angustiosa, comenzais á hacer el balance de vuestra vida y á experimentar remordimiento de ciertas omisiones, recordad que entre el sufragio para vuestras almas y el mausoleo para vuestros cuerpos hay también mucho de glorioso al espíritu y de tranquilizador á la materia en dar forma y nombre á una sala de refugio, á una clase de instruccion ó á un taller de trabajo.

Y vosotros, por fin, los que nada podeis, pero en quienes se estimula el deseo de hacer algo á la vista de necesidades y obras como la presente, ayudadnos en la propáganda de esta colecta, y repetid, señalando el croquis del Asilo:

«¡Una limosna por el amor de Dios!»

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

LA VIDA REAL.

APUNTES PARA UN LIBRO.

XV.

Lucía á Mariana.

Paris, Octubre de 1876.



LUCÍA de pena el alma, pero sin rubor en la frente, tomo hoy la pluma para dirigirme á usted, estimada y distinguida señora; si por algunos meses he sido causa de que V. sintiera una pena muy amarga, he sido causa involuntaria é inocente; toda mi culpa ha sido la irreflexion; amé, y no supe á quién; y para que me perdone y se dé cuenta de cómo fué el caer en una culpa cuya sola idea me horroriza, voy á decirle algo de mi vida y de las tristes circunstancias que la rodean.

Tuve un padre tierno, ilustrado, que me amaba con passion, y que me hizo dar una educacion muy esmerada y muy costosa; me hizo aprender la música, la pintura, los idiomas frances, inglés é italiano; dirigia mis lecturas y me hacia discurrir acerca de ellas; en una palabra, me enseñó á pensar y desenvolví mi sensibilidad natural hasta el más grande extremo.

Si mi padre hubiera vivido, esta educacion moral é intelectual hubiera sido un gran bien; pero mi padre falleció á consecuencia de un gran disgusto: perdió toda su fortuna en una jugada de Bolsa, y no pudo sobrevivir á su ruina y á la de su familia: un ataque cerebral le arrebató á nuestro cariño.

Tenia yo entonces diez y siete años, y me pareció que habia quedado sola en toda la extension de la tierra: intimamente unida á mi padre, y bastándome su amor y aquella tierna amistad y simpatia que nos unia, habia tenido poca intimidad con mi madre, señora muy buena, pero cuya inteligencia tenia un nivel infinitamente más bajo que la de su marido; mi padre se habia casado seducido por la gran belleza de mi madre; pero aún no habian pasado seis meses, cuando se halló moralmente solo, como todo el hombre que se casa sólo llevado de una alucinacion de los sentidos. Cuando yo nací, se dijo que haria de mí lo que hubiera deseado que fuese mi madre, para que yo pudiera hacer á un hombre feliz y para que fuese siempre su amiga y su compañera.

Mi madre era tan hermosa como buena; tenia lo que es comun en las mujeres de escasa imaginacion: una gran bondad de alma; jamas se ofendió del tierno amor que yo

profesaba á mi padre, ni se dijo que aquello podia ser con el tiempo un mal para ella; dedicada á las faenas mecánicas de la casa, estaba contenta con el cumplimiento de su deber y con vernos en perfecta salud y rodeados de comodidades.

Cuando me vió muy enferma por el dolor inmenso de la muerte de mi padre, se sentó al lado de mi cama, y apoyando en su pecho mi cabeza, me dijo con una ternura casi humilde:

—Hija mía, yo no podré llenar el vacío de lo que has perdido; tu padre valia mucho y yo no valgo nada; pero tengo un corazon para amarte, y este corazon será tu abrigo y tu escudo mientras dure mi vida; tu inteligencia estará sola; tu alma no, porque la mía le dará calor.

En aquel instante, señora, conocí cuánto valia mi madre, y que así mi padre como yo habiamos sido injustos con ella: la abracé y la aseguré que sólo para ella queria vivir, y que, en medio de nuestra pobreza, sentia una gran felicidad al pensar que tenia que trabajar para ella; la aseguré de mi amor y de mi respeto, y la prometí tener valor para no afligirla.

¡Ah, señora, procure V. siempre el que sus hijos sean sus amigos! ¡Que la vean tan alta, que nada conozcan mejor y más amable que su madre; porque yo, aún con el más vivo empeño de hallar en la mia un sér con quien simpatizar en mi soledad moral, no pude lograrlo!

Mi madre era muy bondadosa, como ya he dicho; pero con una bondad mal entendida: me dejaba hacer en todo mi gusto, y parecia haber hecho abstraccion completa de su voluntad; esto me parecia mal hecho de su parte, y echaba de ménos el dulce yugo que protege y acompaña en la vida; me parecia que estaba del todo sola, y lo estaba realmente; así nació en mi alma un deseo irresistible de hallar otra alma, y hallé un hombre en mi camino, que me pareció reunir todas las cualidades del ideal con que soñaba yo.... Quién era este hombre, ya lo sabe usted.

Despues de cinco años de soledad moral, creí haber hallado la dicha; nunca habia querido aceptar compromisos de amor y matrimonio, en los cuales mi corazon no tomaba parte; porque me imaginaba que, si es doloroso en un matrimonio el que el marido sea muy superior á la mujer, debe serlo mucho más el que la esposa sea superior á su marido, y nunca hubiese aceptado esposo que no valiese mucho más que yo.

Lo demas que ha ocurrido, ya V. lo sabe, señora; cuando supe mi involuntaria culpa, estuve á punto de morir.... y, ¿por qué no decirlo?, sentí el dolor más agudo de mi vida al ver venirse al suelo todas mis esperanzas de ventura; yo amaba por la vez primera de mi vida, y no sabia amar dos veces.

Perdon, mil veces perdon, señora mia; de rodillas, llenos los ojos de lágrimas, con las manos cruzadas, se lo pido; hasta que V. no me lo otorgue no podré vivir en paz con mi conciencia, ni podré tener sueño tranquilo.

Aquí estamos ya instaladas mi buena madre y yo, y creo que para largo tiempo; pero ya no necesitamos de los auxilios de V. ni de los de su digna y respetable familia; tengo ya tres lecciones de español y tres de piano; ademas, copio música para un almacén, y mi madre aplanca encajes para algunas grandes damas que los usan diariamente. Sin rubor ninguno confieso á V. nuestras modestas ocupaciones; hasta que se ha cumplido el primer mes de nuestro trabajo hemos vivido de algunos ahorros; al cumplirse el mes hemos reunido una bonita cantidad; mamá trabaja también en tapicería, y yo hago flores algun rato; trabajamos mucho, pero estamos contentas.... es decir, contentas en lo posible.... Yo, señora, soy muy desgraciada y no la quiero engañar, diciéndole lo contrario.... Pero el trabajo es un fiel amigo y una buena y dulce compañía, y ademas, gracias á Dios, tengo la conciencia limpia de toda mancha, porque así que conocí el mal hui de él con horror, con la firme intencion de huirle toda mi vida.

Sólo me resta, señora, dar á V. mil gracias por su bondad sin límites: pudo V. haberme hecho mucho daño, haber destruido mi reputacion, y haber dado á mi madre un disgusto mortal; Dios la bendiga por no haberlo hecho, y El la dé toda la felicidad que la desea de todo corazon la que es su más agradecida y respetuosa servidora, —Lucía Montes.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

¡SI FUESE CIERTO!.....

Yo dormia, mas uno de esos sueños En que el sueño y la vida juntos van, De tal manera, que al soñar decia: «¿Será esto sueño, no será verdad?»

Sentí entonces el roce de su traje, Pero no supe cuándo se acercó; Tampoco supe cuándo entre mis labios Los suyos puso en beso embriagador.

Desperté y vi la luz, y era luz tanta, Que pude lo insondable distinguir. ¡Cuán hermosa la vi también á ella! —Libre estás—dijo— vámonos de aquí.

—¿Hasta dónde?—la dije suspirando; —Nos vamos á tu Patria, que es allá. —¿Y tú quién eres, pues?

—¡Yo soy LA MUERTE!

¡Oh, si mi sueño fuese realidad!

DAVID GUARIN.

(Colombiano.)

HEREDIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Boceto parisiense.—El secreto de la mujer de las tres cabezas.—Los casamientos.—Trajes de desposadas.—Los *trousseaux* de hoy día.—Idea infantil.

En un libro que acaba de salir á luz leo la siguiente página, que contiene una pintura tan verdadera como animada de este París, que sus habitantes adoran; pintura de costumbres parisienses, que me servirá hoy de entrada en materia:

«Estábamos á fines de Junio, época en que la noche apenas existe, y en que toda la naturaleza está en flor. París, digan lo que quieran los que lo abandonan, es excepcionalmente hermoso en la época á que me refiero. Por las tardes ofrece á los paseantes de los Campos Eliseos unas posturas de sol verdaderamente prodigiosas.

«Las personas que durante el mes de Junio comen al aire libre en los Campos Eliseos disfrutan de tan espléndido espectáculo, que sobrepuja en magnificencia al que se observa á orillas del mar, á la hora en que el astro del día se esconde, como dicen los poetas, en el seno de Anfitrite. Pero todo esto pasa en París, y hoy día, con el delirio de viajar que se ha apoderado de los ociosos de este mundo, no es persona elegante ni distinguida la que permanece en París en aquella época del año.

«Se huye de la gran ciudad el mes de Junio, porque el termómetro marca veinte grados sobre cero, y por una inexplicable contradicción, las mismas personas que la abandonan por esta causa, la abandonan también el mes de Noviembre para ir á Mónaco en busca de qué?... de esos mismos veinte grados de calor. Pues bien; á pesar de tan inexplicables infidelidades, no obstante tan injusto abandono, París es y será siempre, en todas las estaciones del año, la morada más agradable del mundo. A ella afluyen los productos más raros y delicados de la tierra. Cuando en los campos no se encuentra un huevo, ni en los puertos de mar un pescado, ni en las huertas una fruta, ni en los jardines una flor, todo se encuentra en París, todo en París!»

La mujer de las tres cabezas ha sido este verano objeto de gran admiración de parte del público que frecuenta las ferias de los alrededores de París. Lo más particular de la mujer de las tres cabezas es que no se la veía jamás, ni de día, ni de noche, salir de su barraca. No me parece superfluo explicar las poderosas razones que tenía para guardar un rigoroso incógnito.

La multitud acudía presurosa á contemplar el singular fenómeno tricefalo, y he oído más de una persona sensible compadecerse de la criatura á quien Natura había dotado de tres cabezas parlantes y desposeído por completo de piernas. El fenómeno, según van á ver mis lectoras, se halla al alcance de todo el mundo.

Describamos primero la escena; la explicación vendrá después. Levantado el telon, se ve sobre un escenario en miniatura una canastilla de flores, de donde sale un busto de mujer, que tiene en la mano un abanico, con el cual se abanica de cuando en cuando; sólo que, á derecha y á izquierda del busto central, se ven, como ingertas en él, otras dos cabezas.

«Esta mujer—dice el charlatan que enseña el fenómeno—vive y habla, señores; y aún puede asegurarse—añade—que es más habladora que una mujer ordinaria, lo que no es poco decir, pues como VV. ven, señoras y señores, las tres cabezas se mueven y las tres bocas hablan al mismo tiempo.» Y, en efecto, las tres cabezas mueven los ojos, se inclinan independientemente una de otra y saludan. El telon cae y se levanta la sesión.

Entremos entre bastidores. Sobre el tablado, la canastilla de flores sola y aislada nada más: ni mujer ni fenómeno. Es decir, que un espejo muy grande, sin azogue, forma el fondo de la escena, hallándose un poco inclinado hácia los espectadores. Sus bordes se hallan cubiertos con pabellones de tela, y por detrás va puesto una especie de biombo tapizado de una tela negra mate. Por delante, á algunos pasos del tablado, se alza una especie de barrera que sirve de límite á la sala ó patio, y de la cual no pueden pasar los espectadores. Entre esta barrera y el escenario existe un tablado más bajo é inclinado, sobre el cual se fija una silla, en la que está sentada la mujer de las tres cabezas, delante del espejo. Los brazos, el tronco y la cabeza están descubiertos; desde las rodillas, un paño negro cubre todo el vestido; á derecha y á izquierda están sentadas otras dos mujeres vestidas con lana negra, cuyas dos mujeres se acercan todo lo que pueden á la mujer del centro, de manera que el cuello de cada una parezca confundirse con el cuello de la primera. Este grupo se halla vivamente iluminado por medio de una docena de lámparas de petróleo.

El espejo refleja solamente las partes blancas ó claras de los cuerpos y deja en la sombra las partes negras; de suerte que el público ve surgir de la canastilla de flores el terceto escondido entre la barrera y el proscenio, pero limitado al busto y á las tres cabezas. La cosa no puede ser más sencilla.

Este método no es más que una variante de la ilusión óptica, que ha dado lugar por espacio de tanto tiempo al célebre espectáculo del decapitado parlante. Una cabeza de hombre aparecía en una fuente puesta sobre un pedestal: el cuerpo del hombre estaba vestido de negro, y el espejo reflejante sólo mostraba la pálida cabeza del decapitado, rodeado de un círculo de sangre.

Todos estos fenómenos derivan de los efectos de refle-

xion de los espejos sin azogue, que estuvieron de moda veinte ó treinta años há, en Inglaterra primero y en Francia después, para producir sobre la escena la aparición de los espectros.

El otoño y la primavera son las dos estaciones en que se verifican la mayor parte de los casamientos parisienses.

Entre los más ilustres y conocidos que se han celebrado ó se celebrarán en Octubre, debo citar: el de Mlle. Bétoland con M. Maguin, notario; el de Mlle. Janet, hija de Paul Janet, del Instituto, con M. Lacour; el de la Duquesa de Elchinga con M. Victor Massena, duque de Rivoli, y, finalmente, el de la señorita Alfonso y Güell con su primo el Marqués de Güell.

Los vestidos de desposadas, variables en su inmutabilidad, se hacen mucho de raso de Génova labrado de flores de terciopelo. He visto uno de estos trajes preciosísimos, compuesto de un corpiño de raso labrado con rosas de terciopelo blanco. Cuatro entrepaños salen del corpiño á manera de faldones de levita y se apoyan sobre una falda de faya con pliegues gruesos encañonados. En el borde inferior, una guarnición de volantes de crespón liso, plegados finamente, y cubiertos de un fleco de felpilla con cascabeles de raso. Cuellecito recto, mangas lisas y velo de crespón liso sujeto con una peineta de flores de azahar.

Los *trousseaux*, más sencillos y positivos que nunca, se hacen por cinco docenas cuando la posición es mediana, y por cien piezas cuando se trata de una fortuna considerable. El género masculino tiende á invadir la lencería femenina: en el fondo, menos encajes y entredoses de Malinas; pero en cambio se cubren con espesos bordados y magníficos guipures las sábanas, camisas de dormir y enaguas.

Idea infantil.

Bebé está en la playa, acompañado de su papá, que le incita á tomar un baño cerca de la orilla.

—No—objeta Bebé;—llévame más lejos, en medio del mar.

—¿Y por qué?

—Porque el agua está allí más caliente que en el borde.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Yo, que observo todos los días que la sopa está siempre más fría en el borde del plato que en medio.

X. X.

París, 17 de Octubre de 1882.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.696.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª y 2.ª edición.)

Traje de recibir, de faya granate. El corpiño, ajaretado en el escote, lleva una gola forrada. La aldeta es redonda, en los costados y abierta por delante. Una banda de raso negro va fijada con una hebilla en el hombro derecho y atraviesa el pecho. La manga va ajaretada ó fruncida como indica el dibujo. La falda corta va guarnecida de bandas plegadas y volantes bordados formando dientes. En el lado derecho, lazo grande de raso negro, con hebilla.

Pelliza larga, de raso brochado, con manga cuadrada, enteramente ribeteada de pieles. En la parte de debajo de la manga va una abertura cerrada con cordones de seda. Lazos de raso por detrás y en la manga.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Parécenos necesarias algunas indicaciones concernientes á los polvos de arroz, teniendo en cuenta su uso general.

Tan útil es un buen polvo de arroz, verdaderamente sano

y refrescante, como perjudicial puede ser el mismo producto, si su calidad es inferior. Para ser bueno, debe ser ligero y fino; hé aquí la explicación:

Si no se mezclan ya el plomo y sus compuestos en los polvos ni en los aceites, es porque la industria, siempre en progreso, está en posesión de otras sustancias menos caras, pero no menos nocivas, y cuyo peso es siempre superior al del almidón ó el polvo de arroz.

Entre estas sustancias, algunas son ofensivas para la salud; pero todas tienen el inconveniente, gravísimo para una mujer linda, de producir sobre el cutis un brillo del más desagradable efecto.

Con la casa GUERLAIN (15, rue de la Paix, en París) desaparece todo temor de estropearse el cutis por el empleo de productos malsanos. Todos los polvos para el tocador, que vende esta excelente casa, son de una finura y tenacidad que garantizan su buena composición.

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.—M^{mes} de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

MADAME LACHAPELLE, profesora en obstetricia, recibe todos los días, de tres á cinco, en la calle de Mont-Thabor, 27, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla.

PILIVORE! Destruye el vello de los brazos, haciéndoles lisos y blancos como el mármol. Eficacia y seguridad completas. PERFUMERÍA DUSSEY, 1, rue Jean-Jacques Rousseau, París.

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.—E. COUDRAY, perfumista, 13, rue de Enghien. Todos estos perfumes, de cualquier clase que sean, como se hallan concentrados en un volumen reducido, exhalan aromas exquisitos, suaves, duraderos y de buen gusto.—Medalla de oro y cruz de la Legion de Honor en la Exposición Universal de París. (Véase el anuncio en la cubierta.)

HIGIENE DEL CUTIS: BELLEZA DE LA TEZ.

Para proteger la epidermis contra las influencias perniciosas de la atmósfera, para devolver ó conservar al rostro frescura, juventud, aterciopelado, basta con adoptar para la *toilette* diaria la *Crema Simon* á la glicerina. La acción efectiva y bienhechora de este poderoso cold-cream es tan evidente, que nadie lo ha ensayado sin reconocer su eficacia contra toda clase de accidentes ocasionados al cutis por causa del frío ó del aire demasiado vivo.

Este producto se encuentra en todas las buenas perfumerías y farmacias de España, y en el depósito general, *Simon*, 36, rue de Provence, París.

VERDADERA

AGUA DE BOTOT,

ÚNICO DENTÍFRICO APROBADO POR

LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS.

POLVOS DE BOTOT,

DENTÍFRICO CON QUINA.

Depósito general en París, 229, rue Saint-Honoré.

Depósito: Boulevard des Italiens, 18, y en casa de los principales comerciantes.

SOLUCION AL SALTO DE CABALLO DEL NÚM. 37.

Fresca, lozana, pura y olorosa, gala y adorno del pensil florido, gallarda puesta sobre el ramo erguido, fragancia espurca la naciente rosa.

Mas si el ardiente sol lumbrer enojosa vibra del can en llamas encendido, el dulce aroma y el color perdido, sus hojas lleva el aura presurosa.

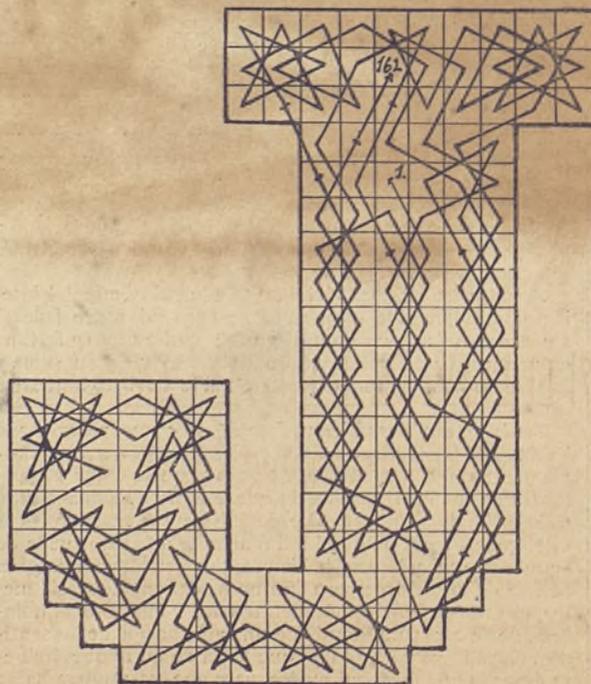
Así brilló un momento mi ventura, en alas del amor, y hermosa nube fingí, tal vez, de gloria y de alegría;

Mas ¡ay! que el bien trocés en amargura, y deshojada por los aires sube la dulce flor de la esperanza mía.

(DE J. ESPRONCEDA.)

La han presentado las Sras. y Srtas. D.^{as} Luisa Mazariegos de Gomez.—D.^a Asuncion Gonzalez Santalla.—D.^a Elodia Arenas y Rodriguez.—D.^a María Nuñez Muñoz.—D.^a Teresa Ansaldo de Dallas.—D.^a Rafaela Granada de Cañizo.—Srtas. de Muñoz y Tangeda.—D.^a Josefina Sevilla.—D.^a Isabel de Garell.—D.^a Herminia Fuentes.—D.^a Amelia Arcas y Gonzalez.—D.^a Soledad Trujillos.—D.^a Concepcion Hiestrosa.—D.^a Josefa Fernandez de Barquero.

También hemos recibido de la Isla de Cuba soluciones al Salto de Caballo del núm. 32, de las Sras. y Srtas. D.^{as} Amalia Mallen y del Prado.—D.^a Adela Ramos y Rodriguez.—D.^a Amanda y D.^a Corina Rodriguez.—D.^a Eulalia Nuñez.—D.^a Irene, D.^a Agustina y D.^a Balbina Rodriguez.—D.^a Rosa Alfonso.—D.^a Cármen Cañizares Martinez.—D.^a Rosa Parajon.—D.^a Purificación Alonso.—D.^a Dolores Beltran.—D.^a Saturnina Guíjarro y Bustamante.—D.^a Socorro Pulido de Nuñez.—D.^a Estrella Garcia.—D.^a Teresa Alvarez y Robles.—D.^a Elvira Salazar.—D.^a Magdalena Pez y Carratalá.—D.^a Luisa Montañés y Valmediano.—D.^a Esperanza Cruz y Rodrigañez.





Nº 356

Paris Aug^o Bouchoux & C^o Imp^o Systeme Aug^o B^o P. G. A. S.

Nº 1696

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12.ª pral

M A D R I D

Parfumeria de lujo. Guerlain. 15. r. de la Paix. Paris.

Faja Regente B^o y C^o An^o de Austria de M^o de Vertus 52. r. Tubor. Paris.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA